



GACETA HISPÁNICA DE MADRID ISSN 1886-1741

TEORÍA LITERARIA FEMINISTA: LAS MUJERES, EL GÉNERO Y LA IDENTIDAD EN LA POSMODERNIDAD.

Nicole King

Teoría literaria avanzada: Profesor Eduardo Camacho

VII edición de la GHM; otoño de 2008. Fecha de redacción: otoño de 2008.

El feminismo afirmaba que las mujeres son “iguales”, o no inferiores, a los hombres y, por tanto, merecen los mismos derechos políticos, económicos y sociales. “*Afirmaba*”, porque en este mundo actual posmoderno y crítico se ha cuestionado cada elemento de esa afirmación: ¿quiénes son las mujeres?, ¿cómo se definen?, ¿tienen una esencia distinta a los hombres por naturaleza o toda diferencia sólo se debe a un género construido por una sociedad patriarcal? Es más, después de considerar las diferencias entre hombres y mujeres, se ha entrado en la materia de las diferencias entre las propias mujeres. Al reconocer la confluencia de ciertos rasgos como sexualidad, raza y clase en cada mujer, ¿es posible hablar de las mujeres como un grupo universal con los mismos deseos y necesidades? Actualmente, la evolución de la filosofía y la tecnología ha puesto en duda la esencia de cualquier identidad. El posmodernismo, el posestructuralismo, la deconstrucción y la virtualidad del ciberespacio han contribuido a un cuestionamiento del sujeto, la identidad y las grandes verdades de la modernidad. Al considerar los efectos de este cuestionamiento en la identidad femenina, el feminismo se ha complicado, ha

evolucionado y, a la vez, ha desempeñado un rol significativo en las grandes consideraciones filosóficas actuales.

La teoría literaria feminista busca representaciones de la experiencia femenina en la literatura, la cual puede manifestarse en los personajes, la narradora o el estilo de un texto. Se inauguró con las teóricas anglo-americanas y francesas en la segunda mitad del siglo XX. Mientras que la escuela anglo-americana se preocupaba de las representaciones de mujeres en la literatura, la tradición literaria femenina y las mujeres como lectoras, la escuela francesa exploraba “lo femenino” a través de nuevos estilos de escritura.

Dado el susodicho cuestionamiento de la identidad femenina, estas metas han evolucionado bajo las nuevas teóricas “feministas” de los años 80 hasta la actualidad. Ellas dialogan con los planteamientos mencionados, a veces recogiendo estrategias pero, en general, critican la perspectiva limitada de las fundadoras blancas y privilegiadas. Exploran otras identidades femeninas, considerando sexualidad, clase y raza. La deconstrucción y el posmodernismo han facilitado la consideración literaria de estas identidades más complejas; sin embargo, las mismas filosofías a la vez rechazan la posibilidad de cualquier experiencia o identidad esencial, lo cual se vuelve problemático para un movimiento feminista. Este trabajo considerará las diferencias entre las teóricas fundacionales y esta “tercera ola” de feminismo, con atención especial a las implicaciones de la filosofía y la tecnología en los dilemas principales del feminismo, el género frente al sexo, la identidad y las diferencias entre mujeres, para ver si todavía “existe” el feminismo como movimiento y crítica literaria.

La segunda ola del feminismo (1960s-70s)

Durante la primera mitad del siglo XX, dos escritoras, la inglesa Virginia Woolf y la francesa Simone de Beauvoir, abren paso a las teóricas de la “segunda ola” del feminismo. En 1929, Woolf escribe *A Room of One's Own*, que trata de la carencia de mujeres en el mundo literario debido a sus recursos limitados. Su discusión sobre la participación femenina en la literatura y el mundo académico influye en la escuela anglo-americana, mientras su crítica de la dependencia económica de la mujer fomenta el movimiento feminista en general. En este momento, Woolf ya reconoce que el feminismo americano es un movimiento de la clase media-alta, un hecho muy importante para el feminismo de las minorías de la tercera ola. A continuación, Beauvoir publica su libro revolucionario, *El segundo sexo*, en 1949. Su famosa frase: “no se nace mujer; llega una a serlo”, plantea el gran dilema que ha perdurado hasta la actualidad: ¿cuál es la diferencia entre el sexo y el género? (Moi 102). Es decir, Beauvoir considera toda feminidad producto de una sociedad machista. Este concepto revoluciona la lucha feminista, pero no sin complicar los planteamientos de la venidera crítica literaria feminista.

La escuela anglo-americana

Antes de empezar este epígrafe, es necesario mencionar el libro maestro de Toril Moi. Su libro, *Teoría literaria feminista*, examina esta segunda ola del feminismo con gran amplitud y profundidad. La siguiente selección de teóricas se debe a este libro y proporcionará la base para el análisis del estado actual del feminismo literario. Así pues, después de Woolf, Kate Millet es la segunda en relacionar la literatura y la lucha feminista en su libro *Sexual Politics* publicado en el turbulento 1969. La “política sexual”

de Millet consiste en el “proceso en que el sexo dominante trata de mantener y ejercer su poder sobre el sexo débil”. Ella analiza ejemplos de esta “política” en las representaciones de mujeres en las obras de escritores masculinos (Moi 39-40). Su consideración de los contextos socio-históricos de las obras rompe con las normas académicas y establece la trascendencia, esto es, la búsqueda de referentes fuera del texto, característica de la crítica literaria feminista.

A continuación, *The Madwoman in the Attic* de Susan Gilbert y Sandra Gubar, *Thinking about Women* de Mary Ellman y la antología *Images of Women in Fiction: Feminist Perspectives* de Susan Koppelman Cornillon desarrollan la investigación sobre representaciones literarias, o “imágenes”, de mujeres. Por un lado, establecen unos contrastes masculinos-femeninos recurrentes en los personajes de escritores masculinos. Es decir, entre los binarios de activo/pasivo, fuerte/débil y racional/irracional el hombre casi siempre pertenece a la primera categoría y la mujer cae en la segunda. De ahí, señalan unos estereotipos femeninos contrarios, como el ángel y la bruja, la virgen y la prostituta, la dama y la histérica, etc., y consideran las limitaciones de determinadas representaciones icónicas. Finalmente, Cornillon, Gilbert y Gubar consideran las imágenes de mujeres en las obras de escritoras para encontrar “la experiencia femenina”. Reflexionan sobre las dificultades que las escritoras habrían tenido para entrar en el mundo literario además de comparar la vida de la autora con “datos empíricos del mundo real en el que vivió” para captar esa experiencia (Moi 60).

Elaine Showalter, autora de *A Literature of Their Own*, denomina esta tendencia “gynocriticism”. Según Showalter, “the gynocritic dedicates herself to the female author and character and develops theories and methodologies based on female experience”

(Eagleton, *Feminist* 9). Showalter piensa que es necesario establecer un canon literario femenino como repuesta al canon tradicional masculino y, por tanto, su libro rescata a escritoras olvidadas o silenciadas (Moi 88). Así, las críticas anglo-americanas establecen varias aproximaciones “feministas” a la literatura. Se puede analizar a la mujer como lectora de obras masculinas, como escritora y como ginocrítica, o lectora/crítica de obras escritas por mujeres (Moi 86). Con estas ideas las teóricas anglo-americanas inauguran la crítica literaria feminista; no obstante, persiste la pregunta que tratan las teóricas francesas, ¿cómo se manifiesta la experiencia femenina en la escritura?

La escuela francesa

Debido, según Toril Moi, al “pesado carácter intelectual” de las teorías francesas, conviene mencionar primero algunos planteamientos filosóficos (Moi 106). Así, antes de examinar las teorías de Julie Kristeva, Hélène Cixous y Luce Irigaray, consideremos el psicoanálisis de Jacques Lacan y la deconstrucción de Jaques Derrida.

Lacan y el Orden Simbólico

La elaboración del periodo edípico del psicoanalista francés Jacques Lacan ha sido de mucha importancia para las teorías feministas ya que sus ideas de lo imaginario, el orden simbólico y la fase del espejo se prestan a la consideración del sujeto y discurso femeninos. Según Lacan, “lo imaginario corresponde al periodo pre-edípico, en el que el niño se cree una parte de la madre, y no percibe ninguna separación entre él mismo y el mundo. En lo imaginario no existen diferencia ni ausencia, sólo identidad y presencia” (Moi 109). El padre interrumpe esta relación y causa que el niño se reconozca como individuo y entre en el orden simbólico. Antes de este reconocimiento “el niño, al

buscarse a sí mismo en el espejo –o en el regazo de su madre, o sencillamente en otro niño– sólo percibe otro ser humano con el que se une e identifica” (Moi 110). Al reconocerse en el espejo, la adquisición del lenguaje es necesaria para expresar su nueva identidad. De este modo, “el que el niño aprenda a decir “Yo soy” y a distinguir esto de “tú eres” o “él es” implica que ha asumido el sitio que le ha sido asignado en el orden simbólico”. Lacan también expone que esta separación del niño de su madre es una represión de su deseo de estar con ella y tal represión inaugura su inconsciente (Moi 109). Por tanto, el sujeto siempre estará fragmentado y dividido entre su consciente, su identidad dentro del orden simbólico, y su inconsciente, sus deseos reprimidos y los recuerdos de lo imaginario (Eberts 223).

Derrida y la deconstrucción

Jacques Derrida propone que el lenguaje es inadecuado para representar la realidad y, en consecuencia, ningún significante puede tener un significado trascendental. Sostiene que el pensamiento occidental ha desarrollado una serie de relaciones binarias, como cultura/naturaleza, masculino/femenino o actividad/pasividad, en las que “cada término sólo obtiene su valor mediante su relación estructural con el otro” (Moi 115). Estos binarios pretenden representar una esencia o un significado trascendental, y la deconstrucción consiste en reconocer la imposibilidad de esta pretensión y analizar “la manera en que son contruidos y utilizados” (Parpart 329). En vez de buscar significado en oposiciones binarias simplificadas, la deconstrucción propone la *différance*, o la “combinación abierta entre la presencia de un significante y la ausencia de los demás”, para acercarse a un significado inalcanzable; es decir, el significado no puede residir en sólo una palabra, es preciso “inferirlo” según la inclusión de unas palabras y la exclusión

de otras en una(s) frase(s) o aún en un texto completo (Moi 116). Así, Derrida causa “la desestabilización de las identidades y el vuelco de las certidumbres” puesto que significado e identidad resultan ser “parte de una cadena deslizante y resbaladiza de diferencias” (Eberts 214).

Las teóricas francesas y la escritura femenina

Hélène Cixous, autora de *La risa de la medusa*, utiliza la deconstrucción de Derrida para idear una “escritura femenina” que cuestione el discurso binario masculino. En los susodichos binarios, “el primer término de cualquier par binario se privilegia y obtiene una prioridad sobre el segundo término, y Derrida, Cixous y otros/as han demostrado que este término primario siempre se ve asociado con la posición privilegiada de lo masculino, del falo, en la sociedad occidental” (Eberts 217). Luego esta nueva manera de ver el lenguaje permite la destrucción de estos binarios falsos y la construcción o creación de otro modo de ver y describir el mundo. La deconstrucción, con sus significados elusivos y diversidad, le recuerda a Cixous lo imaginario de Lacan y ella sostiene que la escritura femenina tiene la capacidad de vislumbrar ese estado original ideal donde se encuentran la “gran madre” y las esencias innombrables, aunque siempre esté fuera del alcance total.

A continuación, Julie Kristeva se concentra en la lingüística para revelar el empleo sexista del lenguaje en su libro *Revolution in Poetic Language*. Ella constata que el lenguaje en sí no puede ser sexista, sino que es su empleo estratégico y político lo que ha desarrollado las oposiciones binarias masculinas que definen y oprimen a las mujeres. Kristeva también desarrolla la idea de una nueva escritura que resista este pensamiento machista. Para ella, lo semiótico (lo imaginario) “queda más o menos reprimido y se

percibe sólo como una presión impulsiva sobre el lenguaje simbólico: con las contradicciones, sinsentidos, rupturas, silencios y ausencias del lenguaje simbólico” (del orden simbólico) (Moi 169). De forma que fomentar y analizar lo semiótico en la escritura cuestiona los binarios machistas.

Finalmente, en su tesis doctoral *El espejo de la otra mujer*, la psicoanalista Luce Irigaray expone, de acuerdo con Beauvoir, que la mujer siempre ha sido definida por el hombre. No obstante, “en oposición a Beauvoir, para quien las mujeres están designadas como lo Otro, Irigaray afirma que tanto el sujeto como el Otro son soportes masculinos de una economía significativa, falologocéntrica y cerrada” (Butler 39). Por tanto, la mujer no es representable dentro del discurso masculino. Así, del mismo modo que Cixous y Kristeva, Irigaray propone crear otro lenguaje para representar a la mujer. El cuerpo femenino, con sus fluidos, cambios y ciclos, contiene la clave, porque “esta realidad femenina de la mutación, la inestabilidad e incluso la contradicción no puede ser comprendida, dice Irigaray, desde los parámetros de la razón masculina” (Álvarez 259). Por consiguiente, propone una escritura femenina que desarrolle un lenguaje ambiguo y poético mientras trate temas antes silenciados, como el embarazo, el parto, la menstruación y la sexualidad femenina.

En un principio, las feministas francesas rechazan la diferencia entre hombres y mujeres, y algunas aun se niegan a definirse como feministas. En la tradición de Beauvoir, constatan que cualquier diferencia es el resultado de un género femenino creado por una sociedad machista. Reconocen que como “no existen rasgos comunes relevantes o definitorios [...] la diferencia de la mujer respecto al varón se multiplica en la diferencia absoluta entre el conjunto de las mujeres” (Álvarez 259). Sin embargo, han

desarrollado extensamente esta idea de la escritura femenina que parece caer en el esencialismo del que pretenden escapar. Por eso, las tres teóricas enfatizan que de la escritura femenina “no surgirá un lenguaje femenino o un modelo de mujer, sino que revelará la pluralidad, la diversidad absoluta” (Álvarez 258). Ahora consideremos cómo responde la tercera ola a esta escritura femenina y su alegación de anti-esencialismo.

Posmodernidad y posestructuralismo

Durante el mismo periodo (1960s-1970s), surgen el posmodernismo y posestructuralismo. La deconstrucción de Derrida proviene del posestructuralismo y la filosofía comprensiva de la época es el posmodernismo. Aunque las feministas francesas teorizan desde la deconstrucción, y por tanto el posestructuralismo, los planteamientos de Michel Foucault, Jean-François Lyotard y también Derrida, se vuelven muy importantes para la tercera ola del feminismo y sus críticas de la segunda ola. Básicamente, “el posmodernismo es el resultado de [la] incapacidad de la teoría modernista para tratar las contradicciones de capitalismo” (Eberts 200). De este modo, rechaza “los presupuestos de la era moderna, en especial la creencia de que la razón y la indagación científica pueden establecer bases objetivas, confiables y universales para el conocimiento, y [...] ponen en cuestión la noción de que conceptos como el conocimiento, la justicia y la belleza son susceptibles de ser evaluados y establecidos como universalmente correctos” (Parpart 327).

Lyotard, en particular, cuestiona las grandes meta-narrativas de la modernidad, es decir, los mitos del progreso de la humanidad, la creación de las identidades nacionales y las historias escritas “con pretensiones de universalidad que en realidad oculta[n]

diferencias” (Álvarez 255). En lugar de estas meta-narrativas, sugiere dejar hablar a la polifonía de voces y perspectivas antes silenciadas. En cambio, en términos de sexualidad e identidad, Foucault se opone a “la reglamentación binaria” sexual por suprimir “la multiplicidad subversiva de una sexualidad que trastorna las hegemonías heterosexual, reproductiva y médico-jurídica” (Butler 53). Mientras tanto, la misma deconstrucción de Derrida se basa en el hecho de que el sujeto nunca puede captar su propia esencia debido a la incapacidad del lenguaje. De ese modo, la esencia “femenina” es una falsedad del discurso masculino-binario, y como cada individuo es diferente, no es posible hablar de esencias e identidades basadas en categorías limitadas por el lenguaje. Foucault, Lyotard, Derrida y Kristeva coinciden en su preocupación por la relación entre el poder y el lenguaje en las prácticas discursivas desiguales de la modernidad, con lo cual el lenguaje, la diferencia y la identidad son de gran importancia en la posmodernidad y los feminismos de las “minorías”.

La tercera ola del “feminismo” (1980s-actualidad): críticas y planteamientos

Conforme a los propósitos del posmodernismo, otras “voces” femeninas surgen para cuestionar el feminismo de las francesas y las anglo-americanas. Para estas nuevas “voces”, las teóricas de la segunda ola tienen un rasgo en común: todas son blancas y privilegiadas. El problema consiste en que ese pequeño grupo de teóricas plantee los dilemas de la mujer como si representara a todas las mujeres del mundo, cuando la realidad es que otras mujeres menos privilegiadas tienen preocupaciones y necesidades “distintas”. En otras palabras, sus teorías son más válidas para mujeres blancas,

estudiosas, de clase media-alta y de Occidente. Con el rechazo de las identidades y definiciones universales, no es posible generalizar e ignorar las diferencias entre mujeres.

Por un lado, si no hay un grupo universal de mujeres no es posible leer/escribir como “mujer” ni es recomendable crear un canon femenino, como sugieren las anglo-americanas. Por otro lado, las francesas siempre declaran ser anti-esencialistas, pero sus teorías sobre escritura femenina las contradicen, por más que intenten justificarlas. De ahí que, poco después de la inauguración de la crítica literaria feminista, mujeres de todas las etnias, sexualidades y situaciones socio-económicas empiecen a rebatirla y a formar sus propias teorías feministas. Por ejemplo, los feminismos negro y chicano tratan de realidades étnicas específicas en los Estados Unidos, mientras que el feminismo postcolonial y del Tercer Mundo saca a la luz la confluencia de raza, clase y género en América Latina, la India y otros países donde permanecen los efectos del colonialismo e incluso causa nuevos problemas la globalización. Finalmente, las lesbianas, influidas por Foucault, critican el predominio heterosexual del feminismo tradicional.

En la literatura, estas nuevas identidades buscan la representación de su experiencia de la misma manera que las feministas francesas o anglo-americanas, con lo cual corren el mismo riesgo de caer en el esencialismo. En cambio, otras vertientes del “feminismo” siguen la deconstrucción de la identidad del sujeto. Por ejemplo, *Queer Theory* y el ciberfeminismo cuestionan los límites del lenguaje al concebir nuevos sujetos inestables e indefinibles que no encajan en ninguna de las categorías de identidad existentes. En vez de experiencias o personajes específicos de la literatura, buscan inestabilidad, confusión, rupturas y contradicciones en los personajes, la narración y el estilo, lo cual puede ser interpretado como una ampliación de la “escritura femenina”.

Seguidamente consideraremos varias representaciones de estas dos “reacciones” a la segunda ola del feminismo y el posmodernismo, pero cabe señalar que no habrá una línea clara entre estas dos “reacciones” debido a que las varias aproximaciones vacilan entre la identidad y la deconstrucción de la identidad tanto como entre la diversidad y la particularidad.

Feminismo de las identidades

Feminismo negro

Mientras el feminismo americano surge del sexismo dentro de los movimientos de derechos civiles en los Estados Unidos, las mujeres negras se encuentran doblemente excluidas: por el sexismo dentro del movimiento negro y por el racismo dentro del movimiento feminista. Ya desde el comienzo del feminismo americano, otras voces, como la de Barbara Smith, reclaman la representación y consideración de su situación. En el año 1977, Smith habla de escritoras negras y lesbianas en su ensayo “Toward a Black Feminist Criticism” (Eagleton, *Literature* 163). Unos años más tarde, Bell Hooks también denuncia la exclusión de la mujer negra del feminismo americano en su ensayo “Ain't I a Woman?: Black Women and Feminism”, cuyo título capta la hipocresía del feminismo de la segunda ola. Hooks, una teórica posmodernista, sostiene que “el posmodernismo ha proporcionado un espacio que legitima la búsqueda de las voces de las desplazadas, marginadas, explotadas y oprimidas en el pueblo negro” (Parpart 333).

Feminismo chicano

El feminismo chicano es otra vertiente que surge de una situación socio-histórica específica de los Estados Unidos; no obstante, igual que el feminismo negro, trata temas

de identidad y diferencia que resuenan en todo el feminismo y posmodernismo. Gloria Anzaldúa, autora de *Borderlands/La Frontera*, ha articulado la interacción de varias dualidades binarias que ella experimenta como chicana (mexicana-americana), mestiza (blanca-indígena), mujer y lesbiana en el sur de los Estados Unidos (Aigner-Varoz 50). A través de un análisis de metáforas geográficas, culturales, raciales y sexuales, Anzaldúa saca a la luz el rol del discurso, el lenguaje y la imagen en la desigualdad y la construcción de identidades. Después de deconstruir varias metáforas específicas de su “identidad” –como la Virgen de Guadalupe, la Malinche y la serpiente–, Anzaldúa reconoce el potencial de la metáfora para cambiar la conciencia pública. En conclusión, concibe “la conciencia mestiza” como una nueva aproximación discursiva y representativa para borrar las dualidades opresivas y celebrar la diferencia.

Feminismo postcolonial y materialista

El feminismo postcolonial destaca la confluencia de clase, raza, religión y sexualidad que determinan la “identidad” y las limitaciones de la mujer en países postcoloniales. La mujer postcolonial no puede hablar de su posición como tal mujer sin considerar esas otras categorías que determinan su “rol” en la sociedad. Debido a esta mezcla de “cualidades”, dos mujeres pueden vivir experiencias muy distintas dentro de la misma sociedad postcolonial, sin mencionar las diferencias entre los antiguos países “colonizadores” y “colonizados”. Por tanto, es problemático que las feministas de los países desarrollados apliquen sus teorías abstractas a las realidades cotidianas de mujeres con quienes nunca se han comunicado. Gayatri Spivak, una teórica india que vive en los Estados Unidos, plantea el feminismo postcolonial mientras lucha por encontrar “how to

link the first-world academic feminist and the third-world impoverished woman” (Eagleton, *Feminist* 83).

Por un lado, no se puede olvidar la realidad económica, dado que “para las mujeres del Tercer Mundo el desarrollo pasó a significar volverse más occidentales, más modernas, mas no poner en cuestión esa visión del mundo” (Parpart 340). De ese modo, el feminismo materialista/socialista se entretreje con la situación postcolonial ya que las diferencias entre los antiguos países colonizadores y colonizados han persistido debido a “the rather perverse division of labour that has emerged in the age of globalization” (Eagleton, *Literature* 208). Es decir, “el milagro económico (también científico y tecnológico) de unos países siempre se produce a expensas de la degradación de otros” y la labor de las personas marginadas por raza, género o etnia contribuye a la vida lujosa y “moderna” de un grupo pequeño y privilegiado al otro lado del espectro socio-económico (Almagro 29). Considerar este problema desde una perspectiva feminista aún es pertinente porque esas “desigualdades son siempre más 'desiguales' para las mujeres” (Renau 285). Spivak y Teresa Eberts, feminista materialista, coinciden en que el posmodernismo y la deconstrucción permiten la consideración de estas identidades y situaciones complicadas siempre que las teóricas dialoguen con las mujeres postcoloniales, aprendan de ellas y dejen de sentir que comprenden su situación sólo por ser mujeres (Eagleton, *Feminist* 86).

Feminismo lesbiano

Spivak sostiene que la anatomía es lo que conecta a las mujeres de todas las identidades y situaciones históricas. Aunque parezca tan básico verbalizarlo, las mujeres se definen biológicamente por tener un útero, una vagina y un clítoris. Spivak sostiene

que la sociedad está organizada alrededor de las funciones reproductivas del útero femenino y que el clítoris amenaza esta organización social uterina dado que no cumple ninguna función reproductiva (Eagleton, *Feminist* 103). En consecuencia, la opresión de las mujeres por la sociedad patriarcal, desde la mutilación del clítoris en África a su cosificación sexual comercial en los países desarrollados, constituye una supresión del clítoris, del “woman-in-excess”. Son maneras de controlar y definir a la mujer, para que se limite a ser un objeto que sirve a una función reproductiva y no se convierta en un sujeto independiente (Eagleton, *Feminist* 104).

De lo anterior se puede desprender que la lesbiana no cabe dentro del marco reproductivo, por lo que representa una gran amenaza para una sociedad patriarcal. Monique Wittig, autora de *Le corps lesbien* y “The Straight Mind”, aún llega a decir que las lesbianas “ni somos mujeres” por no cumplir esa función reproductiva. Conforme con la organización social uterina de Spivak y la teoría sexual de Foucault, Wittig dice que “la ficción lingüística del “sexo” [...] es una categoría producida y difundida por el sistema de heterosexualidad obligatoria en un esfuerzo por restringir la producción de identidades sobre el eje del deseo heterosexual” (Butler 65). Wittig no cree en la esencia femenina y rechaza la “escritura femenina”. Sin embargo, propone una escritura que desarrolle los placeres sexuales fuera de la función reproductiva para cuestionar el predominio heterosexual y la definición biológica de la mujer (Butler 65). La sexualidad ha desempeñado un rol importante tanto en el feminismo lesbiano como en la identidad posmoderna debido a que “en la sexualidad humana confluyen lo individual (el cuerpo, el deseo, la fantasía, los sentimientos) y lo colectivo (las autorizaciones, prohibiciones y valoraciones que cada cultura construye alrededor de las prácticas de la sexualidad)”

(Briones 57). Es decir, la sexualidad es donde confluye lo privado y lo público, y se convierte en el soporte para las cuestiones metafísicas de la identidad y la posmodernidad.

Feminismo de identidades: conclusiones

Al fin y al cabo, el feminismo lesbiano llama la atención “sobre la utilización de un concepto de identidad basado fundamentalmente en lo anatómico, y que ignora otras formas de diferencia –la clase social, la raza, la nacionalidad, la religión, la ideología....– entre mujeres” (Briones 63-64). Todas estas vertientes del feminismo “de identidades” reaccionan contra la exclusión de estas diferencias en los planteamientos iniciales de las teóricas anglo-americanas y francesas. Por un lado, las feministas negras, chicanas, postcoloniales y lesbianas manifiestan el propósito posmoderno lyotardiano de reclamar voces y perspectivas antes silenciadas; no obstante, cuando estas mujeres reclaman sus identidades se enfrentan con el mismo riesgo de caer en el esencialismo. ¿Qué significa ser negra?, ¿vivir en un barrio negro?, ¿tener herencia africana? ¿Y chicana? ¿nacer de una familia de inmigrantes de primera generación? (Álvarez 277). El feminismo postcolonial demuestra que todos los factores económicos, sexuales y raciales se relacionan para determinar situaciones e “identidades” únicas dentro de “las mujeres”. Ser mujer, como ser lesbiana, como ser negra o chicana, “deja de ser una identidad con unos contenidos predecibles, deja de constituirse como lugar central de la identificación personal y política” aunque sigue siendo una “posición de discurso” (Bidy Martín, citada en Briones 64). Como sostienen las francesas e ilustra Anzaldúa en su estudio de metáforas y imágenes, aunque las categorías lingüísticas sean falsas, todavía existen y encasillan a las personas. El discurso y el lenguaje son realidades que controlan y definen

a toda persona que no encaje en un orden patriarcal desigual; por eso, es necesario deconstruirlos y repensarlos.

¿Postfeminismo?

Judith Butler, considerada la fundadora de *Queer Theory*, declara que “la crítica feminista también debería entender cómo se produce y se restringe la categoría de las “mujeres”, sujeto del feminismo, por las mismas estructuras de poder mediante las cuales se busca la emancipación” (28). Es decir, si el género y el sexo sólo son categorías lingüísticas y realmente no hay ninguna esencia “pre-discursiva”, es paradójico adoptar estas identidades impuestas por una sociedad machista para intentar destruirlas. Así, *Queer Theory* y el ciberfeminismo comparten muchas de las mismas metas de eliminar desigualdad y deconstruir identidades falsas, pero sostienen que hay otras maneras de subversión y resistencia hacia esas identidades y el discurso machista, por lo que no es necesario trabajar dentro de su discurso. Ahora, examinemos cómo abordan y subvierten estas cuestiones de identidad y género.

Queer Theory

Butler, autora del libro revolucionario *Gender Troubles: Feminism and the Subversion of Identity*, desarrolla hasta su resultado lógico los dilemas de identidad y esencia de la trayectoria del feminismo mencionada. Simone de Beauvoir ya reconoce la construcción del género en 1949 cuando escribe “no se nace mujer, llega una a serlo”. Las teóricas francesas están de acuerdo con ella, pero resulta difícil reconciliar este anti-esencialismo con su escritura femenina y enfoque en el cuerpo femenino. Los feminismos

negro, chicano, postcolonial, lesbiano, etc., reconocen la complejidad de la identidad y que ya no vale sólo definirse como mujer, pero es Butler quien finalmente pregunta: “¿hay algún elemento que sea común entre las ‘mujeres’ anterior a su opresión, o bien las mujeres se vinculan únicamente en virtud de su opresión?” (29). Butler argumenta que no existe ningún elemento común, porque para ella “lo femenino y lo masculino no es lo que somos, ni algunos rasgos que tenemos, sino efectos que producimos al hacer ciertas cosas” (Bengoechea 13). *Queer Theory* continúa reconociendo la opresión y discriminación tanto de mujeres como de lesbianas, gays, transexuales, bisexuales y cualquier individuo que amenace la “organización social uterina” y la “heterosexualidad obligatoria” del orden patriarcal.

Por consiguiente, Butler ve que “la repetición de constructos heterosexuales dentro de las culturas sexuales gay”, como el travestismo, las lesbianas masculinas, los gays femeninos, etc., “bien puede ser el sitio inevitable de la desnaturalización y la movilización de las categorías de género [...] [*porque*] pone de relieve el carácter totalmente construido del supuesto original heterosexual” (73). Así, ella recomienda la parodia y subversión constantes de estos conceptos de sexo y género hasta “subvertir la identidad femenina” (Álvarez 267). La “conciencia mestiza” de Anzaldúa ayuda explicar lo *queer*, porque el *queer* “no excluye, sino que incluye tanto lo heterosexual como lo homosexual celebrando, y no condenando, el mestizaje” y la hibridez (Almagro 26-27). Como la teoría de Anzaldúa, *Queer Theory* se presta al análisis literario. Conforme con la deconstrucción y el posestructuralismo, deconstruye identidades y verdades binarias y busca inestabilidades en los textos y los personajes. Motivos frecuentes, tanto en la literatura posmoderna como *queer*, son la ambigüedad, la “movilidad” y el nomadismo,

esto es, personajes que nunca están fijos ni en sus pensamientos ni en sus movimientos (Almagro 28).

Tecnología y ciberfeminismo

Mientras Butler propone parodiar las representaciones de género y sexo, el ciberfeminismo declara que en el ciberespacio simplemente no existen los rasgos definitorios tradicionales. Incluso se llega a declarar que el feminismo ha fracasado y que ahora el ciberfeminismo proporcionará “la verdadera insurrección contra el mundo patriarcal” gracias a que el ciberespacio es un “espacio libre donde la diferencia sexual deja de ser problemática, debido a su potencial disolución en una figura andrógina” (Rubio-Herrase 118-9). No obstante, hay que considerar que la escritura proporciona el mismo “soporte neutro” porque todo se reduce a palabras en una página o una pantalla. Es más, antes del siglo XX, algunas escritoras entraban en el mundo literario a través de sobrenombres masculinos, pero perpetuaban las desigualdades entre sexos, sólo es que algunas escritoras escondían el suyo. Asimismo, el ciberespacio facilita la opción de “esconder” el sexo o género a una mayor cantidad de personas, pero no parece que la desigualdad y los conceptos de género y sexo vayan a desaparecer ahora que nos relacionamos cada vez más con palabras e imágenes en un mundo virtual. Más que nada, las realidades actuales del ciberespacio impugnan sus propias posibilidades de revolucionar la identidad femenina dado que la tecnología representa y aún enfatiza la cosificación sexual de mujeres. Como menciona Esther Rubio Herrase en su libro *El ciberespacio no es la mitad del cielo: sobre mujeres, ciencia y tecnologías digitales*, “las realidades virtuales no crean una cultura libre del sexismo tradicional, ejercen, por el

contrario, una represión sobre el cuerpo material y reproducen las relaciones de poder entre los individuos” (126).

El ciberespacio no está solamente “libre” de diferencia sexual, sino también de cualquier rasgo definitorio físico. La clase social, la ubicación geográfica y la raza no tienen porque mostrarse en la identidad cibernética; no obstante, la distribución de la tecnología aún es muy desigual. Aunque la tecnología se haya “democratizado” mucho más que la escritura y la educación en épocas anteriores, aunque haya llegado a una gran cantidad de personas, todavía se distribuye según la situación económica de cada uno. De esta manera, regresamos al dilema del Tercer Mundo y el materialismo. Es más, corremos el riesgo de discriminar a los que no tengan acceso y considerar que sólo los que están “conectados” al ciberespacio tienen “voz”.

Conclusiones

En este breve recorrido por la teoría literaria feminista, hemos empezado con las anglo-americanas y las francesas de la segunda ola. Estas teóricas inauguran el feminismo literario al reflexionar sobre la mujer como lectora de obras masculinas, escritora y ginocrítica y al proponer una “escritura femenina” que cuestione el discurso binario machista. Sin embargo, como también hemos visto, con el posmodernismo viene la diversidad y la polifonía, con lo cual otras variadas “voces” femeninas: negras, chicanas, postcoloniales, lesbianas, etc., surgen para cuestionar los planteamientos de las teóricas blancas y privilegiadas. Estas nuevas voces destacan las diferencias entre mujeres que las teóricas de la segunda ola ignoran. Por un lado, reclaman una identidad antes silenciada,

pero por otro lado no pueden olvidar la deconstrucción de la identidad tan presente en la filosofía posmoderna.

La deconstrucción de la identidad, y por tanto de la esencia femenina, teóricamente ayuda al feminismo debido a que niega cualquier base “racional” para la opresión la mujer. No obstante, la opresión de las mujeres ha sido una realidad y es posible que haya condicionado identidades de género hasta que están tan presentes y marcadas sobre los cuerpos “femeninos” que parecen esenciales. Esta paradoja de unir a las mujeres solamente por un género construido y una opresión sufrida bajo un orden patriarcal irracional ha resultado problemática pero a la vez necesaria para “deconstruir” y combatir la desigualdad.

El ciberfeminismo y la *Queer Theory* no aceptan la paradoja de apropiarse de una creación lingüística machista para destruirla y, como resultado, proponen otras maneras de concebir al sujeto. Conforme con el posmodernismo, idean un sujeto elusivo y escurridizo. Desde parodiar y transgredir las representaciones tradicionales del género hasta disfrutar del anonimato del ciberespacio para construir una identidad andrógina, estas teóricas han dejado de hablar de la mujer como centro de un movimiento feminista. Pretenden eliminar la desigualdad que sufren las “mujeres” al rechazar las identidades de género y convertir a las mujeres en sujetos en vez de objetos.

Como hemos visto, la crítica literaria feminista se preocupa de estas cuestiones sobre las diferencias entre mujeres, la esencia frente a la construcción social y la identidad posmoderna. A veces, la escritura y el análisis han servido como herramienta para desarrollar las teorías, pero siempre han sido importantes en la representación cultural de la lucha feminista o sus cuestiones metafísicas. El posestructuralismo y la

deconstrucción aparecen a lo largo de este recorrido como maneras de manifestar y analizar la experiencia femenina, *queer* o posmoderna. En definitiva, el discurso y el lenguaje constituyen el enfoque constante de la crítica feminista por su rol en la construcción, y subsiguiente deconstrucción, de la identidad femenina, porque aunque la mujer “dej[e] de ser una identidad con unos contenidos predecibles” seguirá siendo una “posición de discurso” (Martin en Briones 64).

Bibliografía

- Aigner-Varoz, Erika. "Metaphors of a Mestiza Consciousness: Anzaldúa's Borderlands/La Frontera". *MELUS* 25.2 (2000): 47-62. 1 mayo 2008. <<http://www.jstor.org/stable/468218>>
- Álvarez, Silvina. "Diferencia y teoría feminista". *Feminismos: debates teóricos contemporáneos*. ed. Elena Beltrán. Madrid: Alianza, 2001. 243-280.
- Bengoechea, Mercedes y Marisol Morales, editoras. *(Trans)formacioens de las sexualidades y el género*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2001.
- Butler, Judith, Carbonell, Neus y Meri Torras, eds. *Feminismos literarios*. Madrid: Arco, 1999.
- Eagleton, Mary. *Feminist literary criticism*. New York: Longman, 1991
– "Literature". *A concise companion to feminist theory*. ed. Mary Eagleton. Malden, EEUU: Blackwell, 2003.
- Moi, Toril. *Teoría literaria feminista*. Madrid: Cátedra, 1988.
- Parpart, Jane L. "¿Quién es la otra? Una crítica feminista posmoderna de la teoría y la práctica de mujer y desarrollo". *Debate feminista* 7.13 (1996): 327-356.
- Renau, María Dolores. "Un feminismo para el siglo XXI." *Los desafíos del feminismo ante el siglo XXI*. ed. Amelía Valcárcel. Sevilla: Instituto Andaluz de la Mujer, 2000. 281-288.
- Rubio Herráez, Esther. *El ciberespacio no es la mitad del cielo: sobre mujeres, ciencia y tecnologías digitales*. Alcalá de Henares: Centro Asesor de la mujer, 2006.
- Túpac, Diana Miloslavich. "Hacia una teoría feminista de la lectura". *Mujeres que escriben en América latina*. Lima: CEMHAL, 2006.